

Que solo existe en la celeste altura.
Apenada y llorosa,
Y el corazón del duelo se extremece:
¿Porque quién al bajar del alto cielo
Puede hallar en la tierra algún consuelo?
La pompa régia de tu cuerpo santo
¡Oh Margil! y el cordial y eterno llanto
Con que honran tu virtud y tus despojos
De la tierra las altas potestades
Trasmitirán tu nombre á las edades,
Enjugarán el llanto de los ojos;
Mas no derramarán la alegría pura,
Que solo existe en la celeste altura.

CAPITULO V.

PROGRESOS DEL COLEGIO EN SUS PRIMEROS AÑOS.
PRIMEROS ESFUERZOS PARA CATEQUIZAR
A LOS NAYARITAS.

EL R. P. Alcocer en sus preciosos apuntes históricos del Colegio, trae una muy juiciosa y erudita disertación sobre patronato del mismo Colegio, probando hasta la evidencia que no existió dicho patronato, como se creyó por algún tiempo, teniendo por patrono al conde de la Laguna, como descendiente de los Sres. D. Ignacio y D. Pedro de Bernardes, de quienes se decía habian edificado el Santuario de Guadalupe y la mayor parte del Colegio.

Existía una patente del Reverendísimo P. Fr. Pedro Navarrete, Comisario general, fechada en México á 19 de Mayo de 1744 y dirigida al Conde

de la Laguna, teniendo una adición en que mandaba dicho Reverendísimo P. Comisario general, se notificara á la comunidad se reconociera por patrono al repetido Conde.

El R. P. Alcocer prueba con razones incontables que dicho Rmo. P. Navarrete padeció una equivocación, por la cual expidió dicha patente. Los dichos antecesores del Conde de la Laguna, solo habían sido simplemente bienhechores del Colegio, ó sea cooperadores piadosos, para que se edificara esta Santa Casa, como lo fueron, y se distinguieron notablemente otros muchos.

El R. P. Alcocer en la disertación á que nos referimos, prueba que no concurrieron los requisitos de Derecho de tal Patronato; y trae al efecto, brillantes citas de muy notables peritos en el Derecho Canónico, tales como Ferraris, Van-Spen, Barbosa, Espinosa, Rivadeneira y Reinffestuel-Ademas, manifiesta que la cooperación para levantar el edificio fué por muchas personas; aunque algunos, como era natural, se distinguieron cooperando con mayores cantidades y auxilios para tansanto fin.

Dejando, pues, como incuestionable y evidente la no existencia del Patronato particular, atemos el hilo de la historia y contemplemos los primeros progresos del apostólico Colegio.

Fundada, como hemos dicho ya, en el año de 1707 esta Santa Casa guadalupano-franciscana, con el glorioso lema de *Propaganda fide*, comenzó desde muy temprano á producir ópimos frutos.

Su primer Presidente el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, viéndose rodeado de activos operarios de la viña del Señor, comenzó luego á misionar con ellos, entre fieles, mientras se podia hacer entre los gentiles, cuya conversión era el fin principal de los fervorosos colegiados

El mismo V. Presidente, sin que obstaran las atenciones de la prelación, y sin dejar de cumplir con sus mas altos deberes, supo combinarlos con el desempeño simultáneo de la predicación, en varios pueblos.

Misionó fervorosamente en Guadalajara, en Lagos, en San Luis Potosí; y hasta en Durango.

Al mismo tiempo que misionaba y traía al rebaño de Jesucristo á las ovejas descarriadas, procuraba buscar pastores para ellas, operarios que trabajaban en la viña. Esta era abundante; pero aquellos eran pocos; y así, rogaba al Señor mandara operarios á su viña para que la cultivasen fructuosamente.

No podían ser infructuosos los suspiros, los deseos y los empeños del V. P. El cielo oía sus peticiones y bendecía sus esfuerzos.

Bellos niños, como las azucenas del desierto, salían del seno de sus familias y volaban al claustro á vestir el pobre sayal ceniciento. El noviciado comenzó á poblarse.

En aquellos tiempos se admitían niños de muy corta edad, para que recibieran en el colegio apostólico desde la primera educación y fueran formando sus corazones y sus inteligencias bajo la limpia atmósfera del claustro.

Esas tiernas plantas, parásitas de elevadas y robustos helechos de virtud y de saber, iban creciendo frescas, lozanas, hermosas y puras para ser después árboles gigantes que produjeran hermosos, sazonados y multiplicados frutos. Tales fueron los primeros pasos del Colegio de Guadalupe.

Y mientras se formaban en el claustro los nuevos operarios del Evangelio, el V. P. Margil, á imitación del Maestro Divino, enviaba por todas partes á los ya formados: *misit illos binos*; para que hicieran resonar *sobre los hechos* lo que el Espíritu Dios, les había hablado al oído. Veamos aunque rápidamente los progresos que los fervorosos hijos del Colegio de Guadalupe, hicieron en sus primitivas misiones.

Tolle lege, tomad y leed, decimos á la generación presente, entre la cual surgen espíritus inquietos

que desconocen la utilidad de los institutos monásticos. Ved lo que fueron y lo que serán siempre.

En la época actual, diremos con el baron de Henrion en su historia de las naciones, en que abundan tantas y tan injustas prevenciones contra los institutos religiosos, conviene hacer resaltar su valor y utilidad, como demostración perentoria de lo necesario que son, é inestimables bienes que reportan semejantes asociaciones, principal núcleo y semillero de los obreros evangélicos. Dedíquense los hombres preocupados á leer estas páginas y verán lo que han sido los religiosos, y no tememos asegurar que cesarán sus preocupaciones, concibiendo en su lugar, afectos de admiración en favor del misionero que sólo, con su crucifijo y Breviario, realizó para la felicidad de sus semejantes, cosas mas admirables de las que intentan con sus planes de civilización los individuos mas sábios.

Ved, pues, contemplad á los santos misioneros de Guadalupe, de los que exclusivamente nos ocupamos ahora.

Recorrian mil poblaciones, las mas veces á pié y sufriendo penalidades mil.

Pero para dar idea exactamente histórica de lo que hacían, ayudados de la gracia, en cada pue-

blo en que se presentaban á desempeñar una misión, bastará trazar un cuadro que abrace á todas las que se presentaban en una por una de las poblaciones en que resonaba la voz del Señor salida de la boca de los misioneros guadalupanos.

Figuraos un pueblo, una villa ó una ciudad, en que debido á las pasiones, las ocasiones peligrosas del mundo, á las instigaciones y asechanzas del comun enemigo, y al descuido que el hombre tiene de su salvación, se desarrollaba la inmoralidad, germinaban los vicios y se establecía el imperio del demonio.

Allí aparecía la embriaguez, el juego, el amasiato, la enemistad. . . los desórdenes todos.

El pastor, el párroco habia trabajado por limpiar su sementera, de la mala yerba; pero sus sudores habian sido infructuosos, porque ya sus obstinados é ingratos feligreses se habian acostumbrado á despreciarlo y reirse de las lágrimas que por ellos vertía.

La autoridad civil y la política, que en aquellos tiempos no renegaban como ahora de la fé de Jesucristo, trabajaban también por la moralidad de su pueblo; pero en vano!

En tal conflicto se recurria al medio poderoso de una *Mision*.

Ved salir del apostólico colegio de Guadalupe, dos, tres ó cuatro religiosos, á pié, apollados en un tortuoso baston, con un crucifijo al pecho y un

Breviario sostenido con la mano izquierda junto al corazón; sus piés calzados con unas toscas andalias: uno de ellos, el presidente, lleva una imágen de la inmaculada Madre del Misionero Divino; imágen que representa los dolores que la inconsolable Reina de los Mártires sufrió al pié de la Cruz.

¿A dónde se dirigen esos hombres vestidos de sayal toseco que infunde un *no se qué* inexplicable en el espíritu?

Van á ese pueblo, á esa villa ó á esa ciudad que hemos contemplado como víctima de los vicios.

La sola noticia de la llegada de los misioneros ha conmovido los ánimos.

Los predicadores guadalupanos se presentan.

El párroco y las autoridades civil y política, en unión del pueblo todo, rodean á los misioneros, y admiran su pobreza, su abnegación, su celo y sus semblantes llenos de dulzura y de amabilidad.

Comenzó la misión.

Esa voz á la cual ha prometido el Señor mucha eficacia y mucha virtud, resuena ya en medio de la plaza.

Millares de oídos la escuchan.

El cuadro es imponente.

No lo era mayor el que se presentaba en Atenas cuando predicaba Pablo.

Y desde el primer dia, el pecador experimentó

algo de nuevo allá en los recónditos senos de su conciencia.

Sus ojos vertieron un llanto inusitado, porque traía entre su amargura, un bálsamo, que caía con suavidad sobre su corazón lacerado.

La misión continúa.

La predicación es cada día más imponente.

Los confesonarios se cernían á los empujes de las personas que los rodeaban con ansiedad.

La misión concluye.

¿Y cómo está ya esa población?

Transformada.

Los enemigos se han reconciliado y se han estrechado con un abrazo de amistad, de fraternidad y de paz: los esposos desunidos por riñas, por las infidelidades ó sea por la maledicencia, han entrado en una nueva época de felicidad y se aman entre sí como entre sí se aman Jesucristo y su Iglesia: los hijos protervos se han postrado como el pródigo del Evangelio, diciendo á sus padres: pequé contra el cielo y contra vosotros: las mujeres que eran la piedra de escándalo, la ruina y la perdición de muchas almas; cuál otras tantas Magdalenas se abrazaban para siempre de los divinos piés de Jesús: desapareció la embriaguez, se extinguió el juego, se pagaron las riñas, los vicios todos han huido co-

mo las fieras sanguinarias al presentarse la apacible luz del medio día!

¡Los justos en unión de los pecadores, se han acogido al Señor Dios de las misericordias y á la que es Madre de los justos y de los pecadores!

¡Transformación sublime! ¡transformación digna de ser contemplada con sumo respeto, y meditada profundamente!

Ved en ese cuadro el tipo de mil y mil iguales que aparecían en las santas misiones.

En el curso de nuestra historia hablaremos en particular de la predicación evangélica, practicada por los religiosos de Guadalupe, que no sólo en aquellos primitivos tiempos fué fervorosa y fructuosísima; sino que siguió siéndolo por todo el tiempo de la existencia del colegio.

Siempre, sí, siempre, en todos tiempos y durante el período de ciento cincuenta años que existió ese Venerable Seminario de misioneros apostólicos, salieron de él con frecuencia y para todos rumbos de la nación, misiones evangélicas; operarios celosos de la viña de Jesucristo. Por eso desde entonces su fama ha volado por todos los lugares de nuestro suelo, desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde los fríos desiertos de Tejas á las ardientes costas de Tehuantepec. Fama bien merecida, aunque no buscada.

«La caridad recorriendo los caminos con pasos agigantados, espase sus maravillas *por todo el orbe.*»

Veamos ahora los heroicos esfuerzos de los misioneros guadalupanos, para la conquista espiritual del vasto país del Nayarit.

La extensión de esa gran comarca abraza cerca de cincuenta leguas en su mayor latitud, y su contorno puede calcularse en doscientas leguas. Su clima es caliente y húmedo, variando á proporción de las alturas de sus sierras y de la profundidad de sus valles.

El terreno está regado por algunos rios y pequeños torrentes.

Los rios principales son: el de S. Pedro, que desciende desde los confines de Guadiana: el Conyóqui que entra en confluencia con el de S. Pedro: y el Guazamota que corre de Oriente á Poniente, y que toma distintos nombres, según el terreno que atraviesa, como son las misiones de Peyotan y de Jesus María, y va á confundirse con el rio de Chalapana límite del Nayarit al Suroeste.

El origen de los nayaritas se pierde en la oscuridad de los tiempos. Acaso fué una tribu que se separó de los primeros pobladores de la antigua Tlapallan, que marchaban al valle de México guiados por el famoso Hueman. Eran idólatras

como todos los primeros pobladores de nuestro país. Sus ídolos eran tres, llamados Tayoapa, Tate y Cuamamoa. Su dialecto llevaba el nombre chota ó cora: derivado, sin duda, del idioma nahuatl, mexicano primitivo.

La primera noticia que se tuvo de estar habitado el Nayarit, parece que fué por los años de 1616, en que se revelaron los famosos tepehuanos, como se ve en la historia antigua mexicana, y fueron á ocultarse en aquellas sierras.

Por los años de 1668, viniendo de California y habiendo atravesado las provincias de Sinaloa y Acaponeta, se internaron en el Nayarit los misioneros Fr. Juan Caballero y Fr. Juan Bautista Ramires, franciscanos; pero se les presentaron insuperables dificultades para llevar á efecto la conversión de aquellos gentiles.

D. Francisco Bracamonte, por orden de la real Audiencia de Guadalajara, emprendió la reducion de los nayaritas, y alucinado con algunas demostraciones de docilidad de algunos de ellos, se internó á la provincia acompañado únicamente de once hombres. Los bárbaros se precipitaron sobre ellos y dieron muerte al Sr. Bracamonte y á algunos de sus compañeros, escapando solo dos eclesiásticos que le acompañaban para catequizar á los nayaritas.

Por segunda vez se acometió la empresa á empeños de la misma Real Audiencia, y se mandaron cien hombres que mandaba el Sr. D. Francisco Mazorra. La expedición no sufrió desgracias; pero fué del todo inútil.

Entonces la Real Audiencia, á vista de las dificultades que se presentaban para la reducion del Nayarit, pensó en union del duque Alburquerque, como el medio mejor de la conquista de la provincia, que no era para aumentar los dominios temporales, sino para conseguir la conversión de aquellos bárbaros, era valerse únicamente de misioneros, dejando ya de pensar en la fuerza de las armas. Entonces se pensó en el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, quien en 1711 recibió encargo y súplicas de la repetida Real Audiencia, para que por medio de su ardiente caridad hiciera cuanto le fuera posible para traer á la fé á los nayaritas.

El R. P. Alcocer dice que la audiencia de Guadalajara recibió una cédula del Rey, fecha 31 de Julio de 1809 en que se ordenaba hacer todo empeño por la conversión de las tribus del Nayarit. Y que después de haber hecho heroicos esfuerzos para conversión tan importante, fueron cinco religiosos franciscanos de la Provincia de Guadalajara y otros varios eclesiásticos seculares, no se consiguió cosa alguna. Luego se pensó en el V. P. Margil, quien recibió como órden del cielo la insinuación de la Audiencia.

Pasó el V. P. á aquella capital para arreglar lo conveniente para la mision, y por el camino para el Nayarit fué misionando con admirable fervor. En el pueblo de Guajuquilla fué á reunirse con el P. Predicador Fr. Luis Delgado Cervantes, religioso, tambien, guadalupano.

Llegaron los dos misioneros á Guazamota, muy cerca de donde habitaban los indios gentiles, y desde allí les mandaron dos nayaritas mansos, como embajadores ó comisionados para hablar con ellos sobre las misiones de que se trataba para su bien espiritual y temporal.

Viéndose el V. P. á las puertas de aquella vasta región habitada por idólatras, ya se deja conocer cual seria su celo, y cuales sus ardientes deseos de internarse en aquellas serranías á iluminar aquellas almas con la brillante antorcha de la fé, como lo había hecho muchas veces en los dilatados desiertos de la provincia de Guatemala.

El V. P. había deseado el martirio en muchas ocasiones, y es de creer que al verse cerca de los feroces nayaritas, ese deseo tomase nuevo vuelo y asombroso incremento. No debemos pensar ménos de su apostólico compañero Fr. Luis Delgado Cervantes.

Todo lo acontecido lo manifestó el V. P. á la Audiencia, en el precioso documento que copia-